



UCA | Universidad
de Cádiz

Vicerectorado de Cultura
Servicio de Extensión Universitaria

LA SAL SE COME LA PIEDRA

Sala de exposiciones La Asunción

Edificio despachos y seminarios
Campus de Jerez. Universidad de Cádiz

Del 30 de septiembre al 11 de noviembre de 2022.

PASCUAL ROSS

Yo no le temo a los rayos



Pascual Ross

“La sal se come la piedra” es un proyecto que se compone de tres partes:
“Yo no le temo a los rayos” / “La sal se come la piedra” /
“La mar salada”

“Yo no le temo a los rayos” es el título de una canción que cantaba el gran Manolo Caracol allá por 1953. Esta canción siempre me ha recordado a mi infancia. Cuando la oigo, me transporta a aquellos patios de vecinos casi derruidos habitados por familias con las que convivíamos puerta con puerta.

En una parte de este mundo, una tierra pegada al mar, que forma parte de una bahía haciéndose una isla cada vez más pequeña, existen algunas personas que todavía se ganan su jornal diario “tirándose al fango” cuando baja la marea.

Aunque existen licencias para mariscar, éstas son las mínimas y muchos de los mariscadores (o mariscaores) tienen que hacerlo de manera ilegal ya que ésta ha sido (y para muchos sigue siendo) su única manera de subsistir.

Una de las causas que ha provocado esta situación es la existencia de una clase política que nunca ha promovido una industria que haga referencia a la miñoca, la coquina, el ostión, el erizo, la sal....

Que nunca ha tenido interés en convertirla en referente, en visibilizar y dignificar las condiciones en las que trabaja la gente del fango. Condiciones fangosas de los trabajadores del fango.

Este daño consecutivo a lo largo de los años, esta indiferencia, ha dejado en el más absoluto abandono la figura del mariscador, además de contribuir al deterioro costero de esta zona.

Sin otra opción que lo furtivo, gran parte de mi familia pudo tirar hacia adelante y conseguir que no nos faltara lo básico para el día a día, gracias al esfuerzo y el sacrificio de su duro trabajo, en el que las condiciones climáticas han marcado su piel; el calor, el frío, la sal, la lluvia, el granizo y las picaduras de los mosquitos.

Nunca ha habido intención de educar en este sentido a las nuevas generaciones, enseñándoles a valorar y cuidar el medio que les rodea y que bien gestionado, podría haber sido una salida laboral para cientos de familias. Cultivando muchas de las especies que hoy, por falta de regulación gubernamental, de iniciativa empresarial y por el furtivismo feroz de personas que no tienen otra manera de ganarse la vida, aunque sea de manera ilegal, hubiera evitado que muchas de las especies autóctonas de la zona estén a punto de desaparecer.

Un pueblo que vive de espaldas al mar, que solo lo mira cuando llega el verano como opción turística. ¿Habríamos cambiado algo este pueblo si hubiéramos invertido en nuestro patrimonio natural y cultural? Una reflexión sobre la evolución de una sociedad hacia unos patrones contemporáneos que se aleja cada vez más de sus raíces marítimas y costeras.

Una de las consecuencias más tristes de esta falta de iniciativa es el abandono total y absoluto de casi todas las marismas que rodean el territorio que enmarca toda la Bahía de Cádiz. Muy pocas instalaciones son utilizadas por empresas privadas que alternan el cultivo legal de estos productos con el turismo. La falta de regulación ha arrinconado a lo largo de la historia la figura del mariscador, relacionándolo con aspectos como el analfabetismo, la pobreza, lo furtivo, lo ilegal, el vandalismo.

“Yo no le temo a los rayos” pretende dar protagonismo y valor a la figura del mariscador en esta tierra de sal. Personas valientes que no temen realizar un trabajo duro, muchas veces en condiciones climáticas extremas y que gracias a esa lucha, muchas familias pudieron salir de la más absoluta miseria, como hizo gran parte de la mía.

Todas estas personas y lugares están llenos de recuerdos de la infancia, del buen tiempo, de toda la familia unida, del salitre en la piel, de los patios de vecinos, de las bocas de la Isla, de las infinitas tardes de verano, del levante de tres flechas, de la pesca a corchuela, de mi padre, de mi madre... del fango. Ellos no le temen a los rayos.

Los niños jugábamos, comíamos, aprendíamos juntos, casi como si viviéramos en la misma casa y a decir verdad así era, porque solo nos separaba un simple muro hecho de piedra ostionera.

“I am not afraid of lightning” is the title of a song which the great Manolo Caracol used to sing back in 1953. This song has always reminded me of my childhood. When I listen to it, I am taken to those rundown courtyards, home to families who used to be my neighbours.

In one corner of the world, there is a land bordering a bay which becomes a smaller and smaller island. There are still some people who earn a living by submerging themselves in the mud when the tide goes down.

Although some licenses for gathering shellfish are granted, these are not sufficient and as a result many shellfish catchers find that their only mean of subsistence is to work illegally.

One of the reasons behind this problem is that the government has never promoted an industry focused on aquatic worms, clams, oysters, sea urchins or salt.

Politicians have never had a true interest in turning this ancestral practise into a cultural and economic model, in giving it the visibility it deserves or in dignifying the working conditions of the “mud workers”.

This indifference over the years has caused the shellfish catcher's profession to be abandoned and it has also contributed to the coastal damage of this area.

Without any other choice than to work furtively, a great part of my family has been able to survive, thanks to a great deal of effort and sacrifice, which is an inherent part of this job. Hard weather conditions such as intense heat, cold waves, salt, rain, hail and the annoying, never-ending mosquitoes bites have all managed to unavoidably marked their skin.

There has never been an intention of educating the new generations in this aspect of our culture, of teaching them how to value and take care of the environment that might have been a good job opportunity for hundreds of families.

On the contrary, many native species are now on the edge of extinction because of the lack of regulation, business initiative and the fierce poaching of people who have no other way of making a living.

Politicians and residents live with their back towards the sea and they only acknowledge it when the summer months come. Would we be as we are now if we had invested in our own natural and cultural inheritance? This is a reflection about the evolution of a society towards contemporary patterns that are increasingly far from its coastal and maritime roots.

One of the saddest consequences of this lack of initiative is the total abandonment of almost every marshland that surround the territory of the Bay of Cádiz. Very few facilities are used by private companies for legal farming or tourism and the lack of regulation has pushed aside the figure of the shellfish catcher throughout history. They have always been related with illiteracy, poverty, poaching and vandalism.

“I'm not afraid of lightning” intends to give importance to shellfish catchers, to value their job in this unique land of salt. Brave people who aren't afraid of undertaking a hard, backbreaking job even in extreme weather conditions. It is because of that fight that many families manage to get out of poverty, as a great part of mine did.

All these people and places are full of memories; childhood reminiscences, good times, united families, sea salt on your skin, the neighbours' courtyards, crab legs from “The Island” (San Fernando), never-ending summer evenings, strong easterly wind, my father's cork fishing, my mother and of course the mud.

As children we used to play, eat and learn together. It seemed that we all lived in the same house, and in a way we did, as there was only an oyster rock wall separating us.

Yo no le temo a los rayos





18° HAAEA VAA'IA



Pascual Ross



La Real Academia Española recoge en su Diccionario de la Lengua que el vocablo catalán fang derivó en un término que en su primera acepción define el fango como un “lodo glutinoso que se forma con los sedimentos téreos en los sitios donde hay agua retenida”, lo que invita a pensar en un entorno húmedo y desagradable que no evoca disfrute alguno de experiencias placenteras.

En el sur de España, en un enclave geográfico donde caños, marismas y océano conforman un Parque Natural propicio para la vida (Parque Natural de la Bahía de Cádiz), existe un escenario que ha ido transformándose en un arte con el que muchos hombres y mujeres han podido afrontar una dura realidad social poseedora de claridad deslumbrante.

En ocasiones, el viento de Levante azota este enclave con fuerza inusitada para la mayoría de los seres humanos, el cual los “hombres de fango” usan para secar los surcos que la humedad, el salitre y la incertidumbre dibujan en caras y manos; y que al tiempo muestra la exigencia de una actividad socio económica de horizonte oscuro a la cual se ven abocadas muchas familias y que deriva del encuentro de dos vientos racheados: el alto nivel de desempleo existente en la zona y unas políticas estructurales de industrialización reducidas a la mínima expresión.

Con todo, la necesidad se hace virtud en la mar caminando de puntillas sobre la delgada línea que representa la legalidad e invitando a la reflexión que suscita toda actividad humana; estando la misma enfocada en la búsqueda de un equilibrio que permita transformar esta actividad en un motor sostenible de cambio que dignifique el objetivo pretendido, el cual no es otro que la transformación de los recursos naturales en un producto que satisfaga las necesidades humanas con el menor impacto posible.

Es por ello que el salitre y sudor de estos hombres de fango traducen la segunda acepción de fango presente en el mencionado Diccionario, y convierten el “vilipendio y degradación” en el reconocimiento de una labor sacrificada que hunde sus raíces en los anales de los tiempos y que, como la sal, enriquece el paladar de mesas en todos los rincones del mundo.

“Hombres de fango”, Miguel Peñalva

Yo no le temo a los rayos

112° MAREA LENA



“La sal se come la piedra” habla de personas que viven junto al mar y que han trabajado en este medio toda su vida. Sin condiciones laborales, ni contrato de trabajo, desde que eran niños se han ganado la vida con lo que le daba el mar. Mientras la sociedad sufría una evolución vertiginosa, estas personas han vivido el día a día.

En la actualidad estas personas son invisibles para el sistema, el mar que antes le daba de comer ahora no les corresponde. Debido a los numerosos cambios que está sufriendo el ecosistema que les rodea, se hace muy difícil poder obtener los recursos mínimos con los que poder salir adelante.

Son muchas las personas que viven casi en la clandestinidad y que cada día se dirigen a las orillas del océano que les vio nacer para poder obtener cualquier tipo de marisco o pescado con el que sacar un poco de dinero.

Es una lucha diaria que cada vez se hace más dura en una sociedad donde este tipo de personas terminan siendo un lastre con los que no se sabe que hacer.

la sal se come la piedra



Pascual Ross



La sal se come la piedra



Pascual Ross



Papas con Chocó.
guiso con Bacalao
guiso con langostinos
Tortillitas de camarones
papas con chocó.
Tortitas con langostinos y almejas
anguillas con papas en amarillo
anguillas fritas
Lingüado a la plancha
Borriquito con papas en colorado
Mojorita Fritas.
Chocó a la plancha.
Camarones fritos.
Carón en adobo.
Carón con tomate
calabta con frioles.
calabta en adobo.
atún encebollado
coquina al tío pepe
Ollones fritos
Boguerones fritos.
Boguerones en vinagre
salgo a la plancha.
Dorada al Horno.
Sapatillas fritas.
Vocas de cangrejos cocidas.
muerto a la plancha
coquina al vapor con limón

La sal se come la piedra





Pascual Ross

La mar salada

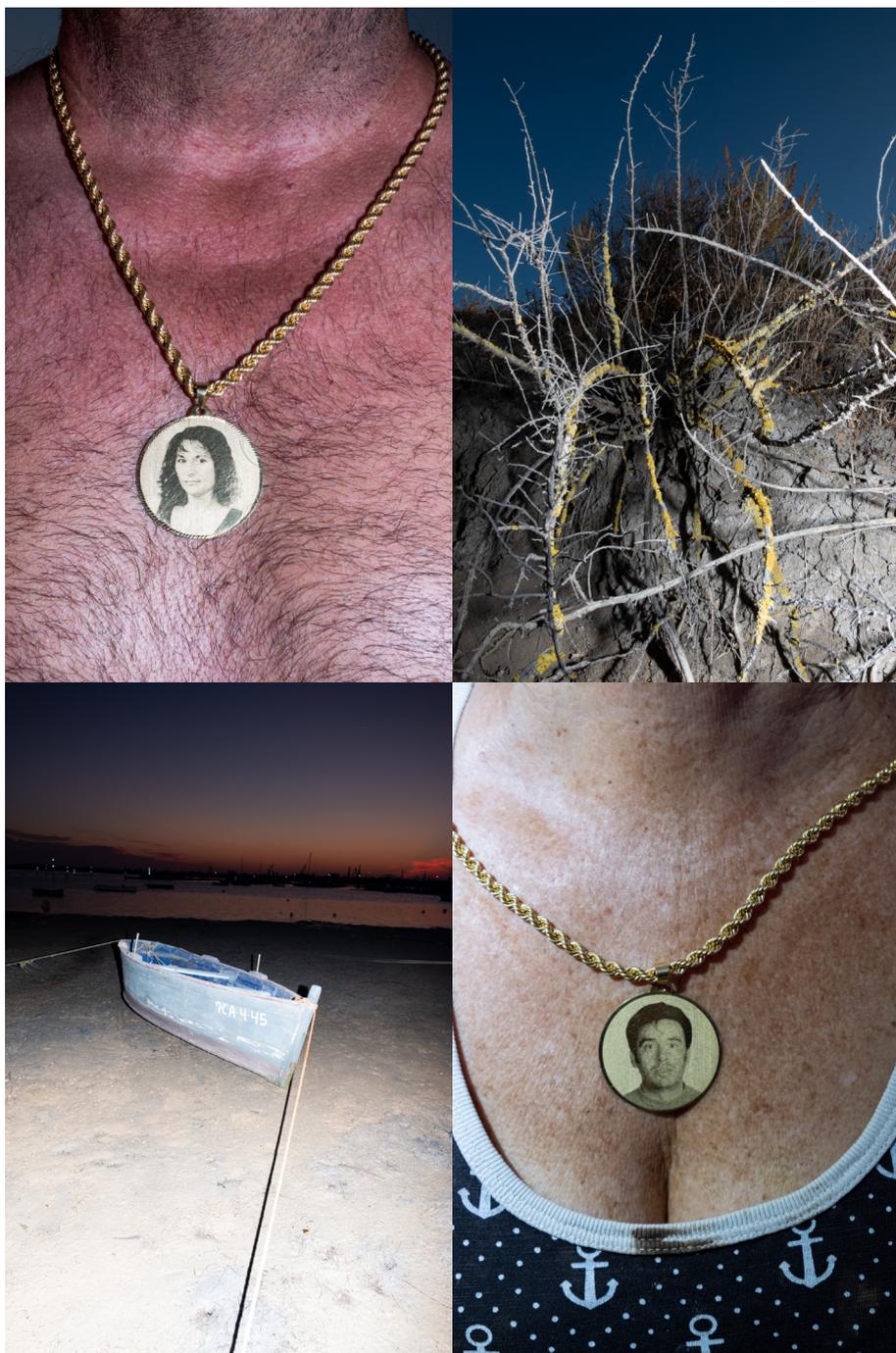


"La mar salada" explora el territorio desde el origen; la sal, la familia, el mar. Llevamos la sal en nuestra piel, en nuestra memoria, la sal nos da la vida y nos la quita, de cierta manera.

En este proyecto indago sobre la mitología de la sal, elemento que nos ha acompañado como civilización a lo largo de la historia. Además, tiene un componente muy ligado a la superstición, siendo considerado por muchas culturas como un elemento sanador que aleja todos los malos augurios y aparta a los espíritus malignos.

Utilizado como forma de impuesto, como afrodisiaco, como signo de riqueza y estatus, como símbolo de amistad, como conservante y para evitar tormentas. Para los católicos es símbolo de pureza, para ellos el diablo detesta la sal. Como símbolo de unión para los pueblos nómadas con el "Pacto de sal". Impide la reproducción de gérmenes y la actividad bacteriana. Utilizado por algunas culturas para embalsamar cadáveres, símbolo de inmortalidad.

La mar salada



Pascual Ross

La sal se come la piedra

Créditos: # Organiza Servicio de Extensión Universitaria Vicerrectorado de Cultura Universidad de Cádiz # **Técnica de Cultura:** Isabel Sánchez Moreno # **Comisario de las exposición:** Pascual Ross # **Producción de la exposición:** Pascual Ross # Leroy Merlin Bahía de Cádiz # **Impresión de copias:** Shano Lores # **Vinilo y rotulación:** Kalobe Publicidad # **Textos y traducciones:** María del Pino Rodríguez # **Texto "Hombres de fango":** Miguel Peñalva # **Montaje de la exposición:** Pascual Ross, Carlos Sánchez de la Herran, Manuel Rosales y Kalobe Publicidad # **Diseño folleto:** Pascual Ross # **Producción del folleto:** Servicio de Extensión Universitaria Vicerrectorado de Cultura Universidad de Cádiz

Todas las obras fotográficas realizadas por: Pascual Ross

Agradecimientos:

Estos proyectos fotográficos están dedicados a mi padre y a mi madre, **Manuel Rosales y Maria de los Angeles Rivero**, ellos son el origen de todo. Ellos son la sal, el sol y el mar de mi vida. A mi tío Paco Rivero, sin él hubiera sido imposible realizar este proyecto, gracias por todo tu cariño.

A Pino, mi mujer, por ayudarme con la edición de los trabajos fotográficos y por estar siempre ahí. A mi tía Ignacia por ayudarme con fotografías de archivo familiar. A mis hermanos y a toda mi familia. A Katia Verardo, por abrirme las puertas. A Diego Contreras por nuestras charlas interminables. A Miguel Peñalva por acompañarme en esta aventura. A Cristina Gómez por su apoyo incondicional. A Alberto Carrasco por creer en mi trabajo.

Mención especial a **Leroy Merlin Bahía de Cádiz** y a todos mis antiguos compañeros, siempre será mi casa por muy lejos que esté de esta tierra, gracias por apoyarme siempre en todas mis aventuras.

A todos los mariscadores de la provincia.... A todos los mariscadores.



PascualRoss

WEB



www.pascualrosales.com

INSTAGRAM



